

— Muy bien, dijo Rafael, tres juegos me has ganado, mientras que yo no he podido darte un solo jaque.

Diciendo esto se levantó.

El mayor, temiendo verse precisado á acompañarse con su rival, se apresuró contra su costumbre á despedirse, y despues de haber saludado á todos con su afabilidad de costumbre, envuelto cuidadosamente en los anchos pliegues de su capa española, salió de la casa despechado murmurando :

— Maldita suerte, es necesario cambiar de juego; y se perdió como un fantasma entre las sombras que proyectaban los faroles.

Rafael tambien se despidió, pero tranquilo, murmurando tambien :

— ¿Cómo pudiera averiguar si ella me ama?

Hé aquí cómo sucede que en este mundo de los que juegan unos ganan perdiendo y otros pierden perdiendo.

CAPITULO XII.

EL SUEÑO DE LOS RIVALES.

Despues de haber atravesado la plazuela de Santo Domingo y las calles intermedias hasta la de Cordobanes, el oficial mayor tocó á la puerta de un zaguan pequeño que se abrió inmediatamente.

Atravesó un pequeño patio que podia verse

adornado por cuatro naranjos, subió una estrecha escalera, y despues de haber cerrado la reja del porton, sacando una llave abrió la vidriera que estaba en frente de la misma reja.

La pieza estaba á oscuras. D. José encendió con un cerillo la estearina que estaba sobre una mesita de noche, y arrojando un profundo suspiro se quitó la capa en que venia envuelto.

Comenzó por doblarla con todo esmero, y en seguida fué desnudándose cuidando de doblar su ropa como lo habia hecho con su capa.

Ciñóse la cabeza con un pañuelo y se acomodó encima un gorro de dormir. Precauciones que tomaba diariamente á fin de evitar en lo posible que su cabello se descolorase.

Luego se acercó á su tocador y depositó en una taza de cristal su magnífica dentadura.

Con tales operaciones quedó tan desfigurado que nadie habria podido reconocer en aquel esqueleto asqueroso al pulcro personaje del ministerio. Dijimos esqueleto porque su forma se dibujaba con toda su flacura bajo la camiseta y el calzon de punto.

Dejó, por último, sus pantuflas al lado de su

catre y se echó encima las sábanas y cobertores decidido á olvidar sus pesares con el sueño.

No apagó la vela esperando á que sus ojos comenzaran á velarse con esa languidez que va hundiendo el espíritu en esa region desconocida que llamamos sueño.

Buscaba este consuelo, pero ¡ay! que á veces huye de nosotros para que nuestro martirio se prolongue.

Esto sucedió al mayor. Cual si estuviera acostado sobre un lecho de piedra, su cuerpo no encontraba cómoda ninguna postura; sentia á veces una sofocacion semejante á la que le causaria una estufa colocada entre los lienzos del colchon. Entonces bajaba á medio cuerpo las cubiertas para refrescarse.

¡Vana esperanza! Era su imaginacion exaltada la que lo acaloraba. Por último, viendo que no conseguia dormir, tomó un libro que estaba en la mesa de noche y procuró leer; pero sus ojos recorrían las páginas sin que su atencion se ocupase del contenido de la obra. Entonces desesperado arrojó el libro y se recostó sobre los almohadones. Sus irritados párpados estaban rojos, sus

pupilas desencajadas parecían próximas á saltar de sus órbitas.

— ¡Oh! exclamó enderezándose, ¿porqué viene á mi mente este recuerdo funesto? ¿qué tengo que ver con ese fantasma? Hace muchos años que murió, y su recuerdo me martiriza horriblemente. Mi imaginación exaltada me representa á Matilde en todas partes; no puedo olvidarla.

Y luego... esta diabólica semejanza de Rafael ¿será ilusión mía?

¡Oh! Ese negro me hubiera dado luces sobre el niño, pero desapareció durante los años que corrieron sin que yo lo buscara. ¿Dónde estará?

¡Solo! ¡siempre solo! Tantas ilusiones perdidas han dejado mi corazón lleno de tedio.

Esas caricias que compro con el oro no me satisfacen, no llenan mi corazón.

Odio á esas mujeres de falsas sonrisas que se doblegan tan fácilmente á mi voluntad porque saben que tengo oro.

Yo quiero un amor puro, inocente, desinteresado. ¡Por eso tal vez, á pesar de los años que

han transcurrido, se levanta hoy en mi corazón la memoria de Matilde siempre atractiva! Sí: yo nada tenía, y ella era rica. Me amó con pasión y yo la abandoné. Por mi perdió á su padre, sus riquezas, su dicha, y sin embargo llena de resignación vino á buscarme, á presentarme su hijo, que era el mío.

— ¡Maldita ambición! dijo saliendo completamente de entre las sábanas; allí estaba ella pobre, pero siempre hermosa con un niño en los brazos. ¡Oh! Matilde, Matilde, ya te veo. Miro tu semblante lleno de dulzura, oigo aun el eco de tu voz. « *He sufrido mucho,* » dijiste. Sí: rugió sordeamente golpeándose la frente, aquí están tus palabras: todavía resuenan en mis oídos.

¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo! Sí, era mi hijo; pero ¿dónde está? ¿qué se hizo de él? Acaso mientras yo tengo un lujoso lecho, mi pobre hijo está tiritando de frío. Habrá muerto de hambre como tú moriste de dolor. Ven, hijo mío, ven; y tendía los brazos como para recibir aquel hijo abandonado.

Pocos instantes después, la pasión que lo dominaba le hacía exclamar: ¡Virginia!

Yo siento que mi razón se pierde; sería tan feliz si esa joven me amase; pero no: tengo un poderoso rival joven, elegante, modesto, con ese carácter lleno de atractivo. Sí, es imposible que Virginia no lo ame. Yo á pesar del mal que me hace, me siento atraído hácia él. Casi me es imposible aborrecerlo. Pero es necesario que no se ponga en mi camino porque...

Yo, dijo acercándose al espejo y tirando el gorro de dormir, estoy viejo, muy viejo; estos cosméticos, esta dentadura, no impiden que mi frente esté rugosa, no ocultan sino á medias mi edad caduca. ¡Oh rabia! dijo mesándose los cabellos, que quedaron erizados en diferentes direcciones por el aderezo del mismo afeitado. ¡Oh rabia! quiero ser joven hermoso para desbancar á ese Rafael tan seductor. ¡Imposible! exclamó dejándose caer sobre el sillón que estaba junto á su catre y apoyando su frente sobre las nevadas sábanas.

Por algunos minutos no se oyó mas que su fatigosa respiración, que semejaba á la de un potro fogoso que acaba de dar una larga carrera. Después comenzó á despedir unos suspiros profun-

simos, y por último rompió en llanto llenando el viento con el estrépito de sus sollozos.

— ¡Dios mio! tartamudeaba, ¡Dios mio! yo he hecho mucho mal, pero si me concedes que Virginia me ame, seré bueno en adelante; solo ella puede sacarme del abismo en que me estoy hundiendo. Si haces que Rafael desaparezca... ¡Oh! dijo en el momento dándose un golpe en la frente. Sí, sí: tú me has inspirado esta idea. Rafael se irá, se irá, lejos, muy lejos; á Rusia, á la China, qué sé yo, y mientras yo seré dueño de Virginia.

— ¡Qué tonto! añadió soltando una nerviosa carcajada, ¿cómo no lo pensé antes?

Sus contraídas facciones volvieron á recobrar su habitual expresión.

— Ya veo, continuó con mas calma arreglando sus cabellos, que á pesar de todo no tengo tan mal corazón como me dicen que lo creen algunas personas á quienes me ha sido necesario dejar sin destino. Ciertamente no tengo en ese punto de qué acusarme. *La caridad bien entendida entra por casa.* Si algunos han quedado en la calle, en

cambio otros disfrutaban hoy del bienestar que mi favor les ha proporcionado.

Además, continuó con la satisfacción de todos los criminales que procuran ahogar sus remordimientos con el pretexto de su deber, el buen servicio de la nación así lo exigía; he cambiado viejos decrepitos é inútiles que no tenían mas mérito que su larga carrera, por jóvenes de provecho que me dan garantías por la amistad que á ellos me liga. Pero... No quiero pensar mas en esto.

Desde mañana cambio de táctica con mi rival; nada de sequedad. Bien dicen que los celos son una locura, pues no iba yo á perderlo todo por mi violencia. Yo que domino á quien quiero con mis modales corteses. ¡Vamos! ¡vamos! que esta Virginia por poco me arruina.

Nada de hacer el tigre, la astucia es mi arma mejor. ¡Ah! el viejo zorro vencerá al inexperto lobezno; y diciendo esto volvió á acomodarse en su cama cerrando sus párpados, y á poco rato se durmió, aunque su respiración indicaba un sueño trabajoso.

Rafael también llegó á su hotel agitado y dudando.

Martin lo esperaba para ayudarlo á desnudarse. El oso, aquel perro que vimos seguir la pista en el camino de Mixcoac, saltó muchas veces sobre el pecho de Rafael, quien se contentó en esta vez con pasarle la mano por el lomo. Como generalmente su amo se divertía con el oso, tirándole de la cola, apretándole las narices y haciéndole otras travesuras, el perro se empeñó en excitarlo al juego, hasta que fastidiado también fué á echarse sobre su tapete, y apoyado el hocico en las delanteras se quedó mirando á su amo de hito en hito.

Martin trajo una taza de espumoso chocolate que Rafael se sentó á tomar con poco apetito.

Tomó un pedazo de pan que arrojó al perro, el cual se contentó con olerlo. Un segundo trozo no mereció mas que una caricia de la lengua canina. Su desden era ocasionado por rencor ó por repleción. En otras circunstancias Rafael habría obligado á su perro á una transacción; pero en la noche de que se trata no se fijó en aquel desaire.

Martin desnudó á su amo y se retiró dándole las buenas noches con tanto afecto como respeto. Entonces el oso vino á ocupar su puesto de costumbre al lado de la cama de su joven amo.

Este como el mayor tampoco pudo dormirse desde luego.

— ¡Oh! pensaba, si yo fuera tan dichoso que llegara á verme amado por Virginia, ¡qué feliz sería! Si yo me atreviera la diría que la amaba, y tal vez ella me amaría; pero no, porque si se niega, seré el mas desgraciado.

A veces creo que me ama, me mira con una dulzura... muchas veces me parece advertir una expresion particular en sus ojos: ¡es tan complaciente conmigo! Siempre elige las melodías que mas me agradan.

En las conversaciones siempre está de mi parte.

Pero si yo quisiera declararme y ella correspondiera mi cariño, ¡cómo le descubriría este misterio de que está rodeada mi existencia!

Yo solo, siempre solo; sin saber quién es mi padre. Yo objeto de la proteccion de una mano desconocida, ¿me atreveré á solicitar la mano de Virginia?

Sin embargo yo no tengo la culpa de ignorar mi origen, y algun dia averiguaré quiénes fueron mis padres y quién me favorece con tanta genero-

sidad; hasta entonces sepultaré en mi pecho mi pasión.

Y se durmió pronunciando el nombre de Virginia, contraídos sus labios con la sonrisa de la felicidad.

CAPITULO XIII.

CONFIDENCIAS.

Algunos dias despues de lo que queda referido en el capítulo anterior, David estaba en la sala de su casa, entregado al parecer á graves meditaciones. Su noble semblante estaba mas hermoso á consecuencia de la palidez que le habia originado la herida que recibió en Mixcoac.

Virginia estaba á su lado ocupada como habi-

tualmente en tejer; pero en esta vez sus ojos se separaban continuamente de la labor para observar á su hermano.

Muchas veces habia querido hablar, y otras tantas habia callado temiendo ser indiscreta; pero al fin sobreponiéndose al sentimiento natural del orgullo, el de la ternura fraternal, dulcificando su acento, y dirigiendo á David una cariñosa mirada, le dijo:

— ¿Porqué estás tan triste siempre? ¿Qué pena aflige tu corazon desde el dia fatal en que te hirieron?

David, queriendo aparentar indiferencia, le contestó: — No tengo pena alguna que me aflija, y si me ves algunas ocasiones pensativo, es porque la enfermedad me priva todavía de entregarme á mis ocupaciones.

Virginia, aproximándose mas á David y fijando en él una mirada de tierna reconvencion:

— Hermano, le dijo, tú me engañas; dudas confiarme los secretos de tu corazon cuando deseo saberlos no por una vana curiosidad, sino porque juzgo que tu confianza será para tí un consuelo. ¿Porqué me niegas, dijo tomándole la mano, esta

prueba de tu cariño, cuando el mio solo aspira á aliviar tus penas ó á sentir las contigo?

David, cuyo dolor reconcentrado lo despedazaba, creyó, que Virginia tenia razon, y cediendo á sus instancias le dijo:

— Virginia, no quiero ocultarte por mas tiempo la pena que me agobia, vas á conocer el secreto que he guardado dentro de mi pecho. Acaso al conocerlo sufrirás como yo; pero admito gustoso tu sacrificio.

— Mira, dijo Virginia, no será sacrificio para mí llorar contigo; aunque juzgo que tal vez podremos encontrar remedio á tu mal.

— ¡Remedio! exclamó David. Imposible, mis sufrimientos no terminarán sino con la muerte.

— ¿Y porqué desesperas?

— Vas á saber porqué. Amo á una mujer cuya posicion es mas elevada que la mia por sus recursos. Hermosa, instruida, atractiva, llena del encanto con que sabe revestirse una mujer orgullosa y coqueta, me atrajo insensiblemente, rindiendo mi corazon con fingidas muestras de simpatía. Yo hubiera permanecido insensible si ella

no hubiera engañado mi alma con halagüeñas esperanzas. En efecto, desde que fui presentado en su casa, sus ojos me dirigian las mas dulces miradas, su boca la mas expresiva de sus sonrisas, y sus palabras estaban siempre impregnadas con el perfume de la mas viva simpatía. ¡Ah! cuánto mejor hubiera sido su indiferencia! Olvidado de mi posicion, juzgando imposible tanta falsedad, le entregué todos mis afectos; sin embargo de esto estaba resuelto á callar temeroso de una repulsa, pero ella me arrancó la confesion que nunca debí hacerle; hizo mas, la acogió con agrado, y pocos dias despues me juraba llorando que me amaria hasta el sepulcro.

¡Qué feliz fui por algun tiempo! Ella me arrebatava de entusiasmo haciéndome oír las suavísimas modulaciones de su acento, y cuando llegaba á cantar algun trozo de las apasionadas composiciones de los grandes maestros, sus ojos radiantes de amor se dirigian á mí bañándome con sus rayos mas cariñosos. Si íbamos á paseo, tomaba con preferencia mi brazo, y apoyándose en él con apasionada confianza, me hablaba de su amor con el mismo entusiasmo que yo le hablaba del mio.

En el baile preferia muchas veces una conversacion mia á la voluptuosa agitacion de los wals y contradanzas, ó bien, cediendo á mis instancias, se dejaba estrechar por mi brazo y me embriagaba con su perfumado aliento, pues su semblante casi tocaba al mio, derramaba lágrimas al escuchar mis poesías, y llena de entusiasmo me pintaba un porvenir lleno de amor, de dedicacion y de ternura.

Así adormeció mi corazon, así destiló en mis venas el fuego de una pasion que hoy me consume, y despues... añadió David dejando caer su cabeza sobre el pecho sin poder continuar.

— ¿Y despues? le preguntó Virginia, pronta tambien á derramar sus lágrimas.

— Despues, dijo David, me abandonó por un hombre mas rico que yo, por un hombre cuya posicion le ofrece goces que yo no podria proporcionarle. ¿Tengo razon para ser desgraciado? ¿No valia mas haber encerrado para siempre en mi corazon mi cariño sin declararlo jamás á una ingrata?

Virginia, que veia deslizarse por las mejillas de David lágrimas silenciosas, que veia á su hermano

agobiado por un dolor tan profundo que apenas le habia permitido balbucear la última parte de sus confidencias, lloraba tambien. Un sentimiento desconocido la hacia sufrir horriblemente.

Un amor puro é ignorado hasta ese instante por ella misma devoraba ya su tierno corazon, amaba á Rafael y su amor era tanto mas violento cuanto menos reflexivo.

La apasionada relacion de David habia descorrido ante sus ojos el velo espeso de su inocencia. Al escuchar á su hermano la manera con que Rosa habia fascinado á David, recordaba con dolor que ella no poseia el arte de hacerse amar, arte que ella envidiaba en ese instante para conquistar el amor de Rafael.

Entonces se juzgaba inmensamente desgraciada al pensar que acaso el amor que profesaba á Rafael se habria de perder en el abismo insondable de la indiferencia, y sus lágrimas corrian con tanta mayor abundancia cuanto mas incierta era su situacion.

¿Dudará alguno de la verosimilitud de un dolor semejante?

El estoicismo de nuestro siglo, la inmoralidad

que pone su sello en la mayor parte de los sentimientos mas nobles del corazon tacharán de imposible nuestro relato. Pero el corazon que ha permanecido exento hasta cierta época de los vicios que acosan en nuestro siglo á la humanidad, comprenderá muy bien los sentimientos de Virginia.

En efecto, criada en un aislamiento místico sin exageracion, lejos de las peligrosas amistades que corrompen precozmente los corazones, habia conservado la primitiva inocencia, como la montaña sus ricas piedras cuando aun no ha despedazado las negras rocas la mano del hombre, como conserva su perfume en la pradera silvestre la tímida violeta que oculta sus atractivos bajo sus hojas esmeralda. Pero ese velo que tan feliz hace á la infancia se rasgó en el momento que David refirió á Virginia la historia de su pasion, y la jóven, al entrar en la escabrosa senda del amor, solo abrió sus ojos para palpar las agudas espinas que amenazaban punzarle.

David sintió calmarse su dolor al observar el llanto de Virginia.

Este es el mundo. Nuestro dolor desaparece ó

se mitiga en gran parte desde el momento en que vemos que otro sufre igualmente. Esto sucedió con David, las lágrimas de Virginia fueron un bálsamo consolador que calmó su pena, y movido por la gratitud estrechó contra su corazón á su hermana, creyendo que su dolor no estaba mezclado absolutamente con el egoísmo.

— Virginia, le decía, el interés que tomas por mí me ha servido de consuelo; y no me arrepiento de haber hecho confianza de tí, mi pena necesitaba esta expansión, este desahogo y tu llanto vienen á calmar mis agudos dolores.

Virginia al escuchar las palabras de David sintió nacer en su alma el remordimiento; y si hubiera estado menos conmovida habría declarado á su hermano la verdadera causa de su llanto.

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente, D^a. Isabel entró en ese momento, y aunque sorprendida por la emoción de sus hijos, con la perspicacia maternal no trató de investigar la causa, reservándose para cuando Virginia estuviese sola; pues conocía que el carácter reservado de David impediría á su hija revelar lo que había pasado.

Con una céntrica cariñoso, tomando con una mano

la de Virginia y con la otra la de David, se los llevó diciendo:

— Ya Juan está esperando para comer.

Desde este día no fueron interrumpidas las fraternales confianzas de ambos jóvenes, y Virginia con la abnegación de un mártir escuchaba las palabras de su hermano, sintiendo desgarrarse su pecho con una horrorosa duda.

Rafael, temeroso por su parte de ofender á Virginia, y no leyendo en los ojos de esta más que el agrado modesto de una amistad sincera, la gratitud de un corazón noble reconocido á la salvación de un hermano, callaba su amor; y apenas hubiera podido distinguirse en sus ojos un rayo de la intensa pasión que profesaba á aquella flor tan hermosa y tan pura.

Así suele suceder que viven separados, por las exigencias de la sociedad, dos corazones formados el uno para el otro.

CAPITULO XIV.

PRIMERA TEMPESTAD.

Rafael, durante la convalecencia de David, habia tratado en vano de hacerle olvidar el amor de Rosa.

El golpe que la decepcion de esta habia dado al corazon del jóven poeta era demasiado rudo para no haber hecho una profunda herida que no se cerraria por mucho tiempo.

Pero tratando de aliviar los males de su amigo, Rafael, como hemos visto, ya habia comenzado á sentir los primeros síntomas de la grave enfermedad que acosaba á David.

¿Y cómo pudiera dejar de suceder esto á un jóven lleno de juventud y de vida estando al lado de Virginia, cuya hermosura simpática estaba realizada por las bellezas de una alma candorosa é inocente y por las de una educacion esmerada?

Virginia, cuyo tipo físico conocen nuestros lectores, era mucho mas hermosa moralmente, porque su inteligencia no estaba corrompida, porque su corazon unia una sensibilidad exquisita á aquella positiva virtud que tan raras veces se encuentra en las jóvenes cuyo exterior se ve favorecido por la naturaleza.

Rafael habiendo conocido el valor inestimable de Virginia, se habia dejado dominar por la viva simpatía que le habia inspirado desde su primera entrevista, y en sus conversaciones habia aspirado sin sentirlo una pasion tanto mas ardorosa cuanto mas digno era su objeto.

Favorecido por la confianza de D. Juan y de

D^a. Isabel, pasó largas horas al lado de Virginia y en compañía de David, y aun no se habia dado cuenta del placer que experimentaba estando en aquella casa cuando ya el amor lo devoraba.

La concordancia de sentimientos, la perfecta armonía de las ideas de Rafael y de Virginia eran un nuevo motivo de union para ellos.

Pasaban á veces largos ratos leyendo las sublimes páginas de Chateaubriand, y nunca una inspiracion del célebre autor francés conmovió á Virginia sin que su emocion hallase eco en el pecho de Rafael. Sus lágrimas corrieron simultáneamente cuando leyeron los últimos episodios del tierno poema de Bernardin de Saint-Pierre.

Animados por unos mismos deseos, atraidos por la perfecta semejanza de organizaciones, nutrieron sin saberlo el amor mas apasionado y mas puro.

¡Pero ay! que ni uno ni otro trataba de rasgar el velo del porvenir.

Virginia jamás se atrevió á cubrir á Rafael con una mirada que lo animase á descubrirle los sentimientos de su corazon, nunca sus labios traspasaron la barrera que el pudor virginal marca á una

niña, y si alguna vez era sorprendida cuando sus ojos se dirigian á su jóven amigo, el encendido color de sus mejillas venia á revelar su sonrojo.

Rafael, tan inexperto en este punto como Virginia, temeroso de disgustarla, se contentaba con verla con el mismo placer con que se mira al tierno boton que aun no entreabre sus hojas para despedir sus perfumes, y, como hemos visto, estaba resuelto á callar las dulces impresiones de su alma.

A pesar de esta resolucion pronto habria adivinado Virginia su secreto, si no lo hubiera impedido su misma inocencia.

Una jóven menos candorosa hubiera interpretado perfectamente el amor de Rafael á través de sus miradas llenas de dulzura, en sus sonrisas mezcladas con la tristeza propia del amor, en aquellas lágrimas, en fin, que derramaba, cuando sentado al lado del piano escuchaba las sentidas armonías de Mozart y de Haydn.

Pero los ojos de Virginia estaban velados por el candor y los de Rafael por la timidez.

Tenian la felicidad al alcance de su mano y no habian llegado á tocarla.

Así se habia deslizado para ellos el tiempo como la hoja seca que arrastran las transparentes linfas del apacible rio, y á pesar de sus dudas nunca previeron que llegaria el tiempo de las tempestades.

Un acontecimiento imprevisto vino á turbar la dulce tranquilidad de su existencia. D. José, queriendo realizar sus proyectos desde la noche en que llevamos al lector á su recámara, habia dulcificado sus modales para con Rafael de modo que nadie hubiera sospechado la animadversion que ocultaba con aquella refinada hipocresía.

Las mas finas atenciones, las cortesías mas esmeradas eran el antifaz con que D. José disimulaba sus pretensiones.

Seguro de que su plan tendria un buen resultado, solo habia tenido paciencia unos cuantos dias para que no se notase su cambio respecto de Rafael; durante estos dias, en sus conversaciones manifestó siempre al jóven el deseo de que aceptase su proteccion.

Rafael, engañado por la aparente cordialidad del mayor, se sentia reconocido á sus distinciones, á pesar de que su situacion hacia inútiles

aquellas ofertas, pues, como queda referido, estaba próxima á concluir su carrera.

El oficial mayor habia trabajado durante este intervalo en que el gobierno se decidiese á enviar un plenipotenciario cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica; poniéndose de acuerdo con el ministro de Fomento, lo habia empeñado á que hablase al presidente sobre la conveniencia de promover la colonizacion, y el ministro correspondió perfectamente á las esperanzas del mayor creyendo de buena fe en su buena intencion.

Pero D. José no veía en esta empresa mas que la necesidad de obligar á Rafael á hacer un viaje fuera de la República.

Hé aquí cómo, en algunas ocasiones, una passion tan ruin como la envidia obliga á los gobiernos á dictar medidas de grande consecuencia para las naciones, realizándose así el adagio de que « Pequeñas causas producen grandes efectos. »

Si el proyecto de que hablamos se hubiera realizado, otra seria tal vez nuestra suerte.

Determinado ya el gobierno á enviar una legacion con el objeto referido, D. José interpuso su influencia con el presidente á fin de lograr que el

secretario de aquella legacion fuese Rafael, y fácil le fué conseguirlo.

Un domingo en que Rafael habia comido en la casa de su amada, pues la familia habia hecho costumbre que ese dia los acompañase á la mesa, estaban reunidos en la sala oyendo á Virginia ejecutar con mucha destreza uno de los wals de Straus cuando llegó D. José.

Don Juan y D^a. Isabel, que próximos al sofá jugaban á la malilla, dejaron sus cartas, David cerró el libro en que leía, Virginia suspendió el wals, y Rafael se levantó para saludar al mayor.

El oficial mayor dió la mano á D^a. Isabel y á Virginia con una delicadeza extraordinaria, á D. Juan con suma cordialidad, á David y Rafael con cariño, aunque con cierto tinte de proteccion; y queriendo disimular el mal efecto que le causaba encontrar á su rival al lado del objeto de sus aspiraciones, exclamó con aire alegre:

— He venido á producir un cataclismo.

— ¿Porqué? preguntó D. Juan.

— ¿Cómo porqué? contestó el mayor, Vd. y mi señora D^a. Isabel han interrumpido su partida, David algun capítulo interesante, y nuestro buen

Rafaelillo su éxtasis musical, pues lo he privado por un momento de admirar la habilidad de la amable Virginia.

Esta se sonrojó al oír las palabras de D. José, y D^a. Isabel le contestó :

— Esto nada importa, puesto que todo quedará lo mismo, ó mas bien dicho, quedará mejor si Vd. quiere que comencemos nuestro tresillo.

Don Juan añadió : — El tiempo está malo, y no hemos podido echar un paseo como de costumbre ; con que así adelantaremos la hora de comenzar.

— Sí, dijo el mayor, estoy de acuerdo con Vds., pero antes de hacerlo quiero dar á Rafaelillo una buena noticia.

Rafael, aproximándose á D. José, le dijo :

— No sé de qué se trata, pero no dudo que cualquiera cosa que sea viniendo de Vd. debe ser muy buena.

El oficial mayor, con su característica parsimonia, colocó su sombrero sobre la mesa y dirigiéndose á Virginia :

— Supongo, le dijo, que tendrá Vd. gusto en escuchar lo que voy á decir á Rafael.

— Ciertamente, contestó la jóven, aproximándose al sofá y tomando asiento junto á D^a. Isabel.

El mayor se habia colocado de intento con la espalda vuelta hácia la ventana á fin de observar el efecto que produciria en Virginia la noticia que iba á dar al practicante.

Este recibia tambien la luz directamente, de modo que no podia escaparse á las miradas de D. José la impresion que el jóven iba á recibir. D. José entonces sacando del bolsillo un pliego de papel cuidadosamente doblado, lo dió á D. Juan, quien leyó en alta voz :

• El Excmo. señor presidente de la República, justo apreciador de la inteligencia, patriotismo y demás cualidades que adornan á Vd., ha resuelto aprovechar sus servicios, á cuyo fin se ha servido nombrarlo secretario de la legacion mejicana cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica, asignando á Vd. el sueldo anual de 4,000 pesos y 2,000 pesos para gastos de viaje, cuya cantidad ministrará á Vd. la Tesorería general, de acuerdo con la órden que hoy mismo se le comunica.

• S. E. espera que aceptará Vd. gustoso esta

prueba de su confianza, y que se apresurará á emprender su marcha tan pronto como reciba la cantidad arriba mencionada, poniéndose desde luego á las órdenes del Excmo. señor ministro, jefe de aquella legacion.

» Con este motivo protesto á Vd. las seguridades de mi particular aprecio.

» Méjico, etc.

» Señor D. Rafael Leal, secretario de la legacion mejicana cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica. »

Mientras duró la lectura, D^a. Isabel movia la cabeza en señal de aprobacion, lo mismo que David. Rafael subia de color, pues su modestia le hacia juzgar inmerecida tanta distincion.

Soló Virginia palideció, aunque imperceptiblemente, presintiendo en aquel viaje una eterna separacion; sus ojos contenian con trabajo dos lágrimas prontas á desprenderse de sus párpados, y nunca como entonces se felicitó D. José por la idea que habia tenido de alejar á Rafael.

Don Juan y David se levantaron para dar un abrazo al nuevo secretario. D^a. Isabel le tendió la mano cariñosamenté exclamando :

— Me gusta el nombramiento.

Virginia calló ahogando en el fondo de su pecho su profundo dolor.

Rafael, despues de haber recibido las cordiales felicitaciones de la familia, se apresuró á manifestar al mayor su reconocimiento, pues estando firmado el oficio por él no dudó que debia tanta honra á la buena voluntad de su rival.

Este aparentando no tener parte alguna en el negocio, pero dando á conocer sin embargo que lo habia hecho todo, rehusó las muestras de gratitud que Rafael le daba, añadiendo despues :

— He venido en un coche á fin de presentar á Vd. inmediatamente á su jefe, y espero que mis buenos amigos de esta casa me perdonarán si los privo un instante de tan estimable compañia.

Rafael, lisonjeado, como era natural, por lo que pasaba, aturdido por lo inesperado de aquella noticia, accedió á los deseos de D. José, y despues de haberse despedido de todos siguió á este, obligado por las impresiones del momento.

Cuando el coche partió, D. Juan y D^a. Isabel continuaron su malilla, comentando el hecho satisfactoriamente para el favorecido.

David arrojó un suspiro pensando que un viaje semejante seria acaso el único remedio para su mal. Virginia salió de la sala y se retiró á su alcoba para desahogar su pecho derramando un torrente de lágrimas.

Aquel corazon tan dichoso con su inocencia, aquel cielo sin nubes, aquel mar de ilusiones tan tranquilo comenzaron á agitarse á impulso de la mas terrible tempestad.

CAPITULO XV.

MUERTE GLORIOSA.

Mientras tanto los acontecimientos públicos se precipitaban, y el gobierno se veia combatido por una borrasca que parecia imposible disipar.

Dado el grito de insurreccion en Zacapoaxtla, lo habian secundado en diversos puntos algunos militares enemigos acérrimos del sistema entonces establecido.